

JESUS T. PIÑERO

Jesús T. Piñero nació aquí en Carolina el 16 de abril de 1897, un año antes que Luis Muñoz Marín ya al final del siglo pasado cuando todavía España dominaba a Puerto Rico. De niño creció como los hijos de ustedes crecen ahora, fue a la escuela, corrió por las calles, recorrió los campos. Su familia tenía tierras, ganado, caña. Fue a la escuela pública luego a la high de la Universidad, al Colegio de Mayaguez y se graduó de ingeniero en la Universidad de Pennsylvania. Su familia tenía fincas que las cultivaban sus hermanos Ernesto y Emilio quienes decían que Jesús nunca les pedía cuentas y aceptaba como bueno todo lo que ellos hacían. La vocación fue servir a la gente, servirle al pueblo, sin beneficio alguno para él. Era feliz sirviendo. La primera vez que lo vi fue lavando con balde y cepillo el acueducto viejo de Carolina que quedaba sobre un cerro cerca de su casa --el acueducto estaba enfangado y allí subía Jesús a limpiarlo. Hacía lo que había que hacer --lo pequeño y lo grande dispuesto siempre, sin titubear con "el que a mí no me toca".

Cuando todos los que seguíamos a Luis Muñoz Marín éramos liberales, populares o independentistas él era republicano, pero nunca se lo notábamos que sin darnos cuenta, ni él ni nosotros, se fue haciendo popular. No era hombre de tribu era hombre de patria, compatriota de todos, hermano puertorriqueño. Por los años treinta le servía a la Asamblea Municipal de Carolina, como presidente (que era lo que a él le gustaba --hacer cosas que se necesitaban hacer). Luego fue, todavía republicano, del comité Territorial de la Coalición y ya por el año 1937 fue presidente de la Asociación de Colonos de Cañas. Y ahí es donde empieza Jesús Piñero a acercarse a lo que era la gran tragedia

de la explotación de las centrales azucareras, que tenían el monopolio de la tierra y mantenían la esclavitud de los trabajadores sobre toda la isla -- peones entonces. Empieza a separarse Jesús del agarre de los que dominaban la economía del país y a soltarse junto con los que empezábamos a rodear a Luis Muñoz Marín y a caminar por estos campos de por aquí, hasta Fajardo, Humacao, Guayama, Yabucoa, Ponce --caminando, por veredas, subiendo montes, recorriendo playas

con palabras nuevas: palabras sencillas que decían de los derechos de los trabajadores, del clamor de justicia, de leyes esperadas y nunca logradas, de escuelas, agua, luz, hospitales, tierra, pan, libertad.

Empezó Jesús a bregar esforzadamente con las angustias del país cuando, ya conocida su devoción por servir a su pueblo de Puerto Rico, el Presidente Roosevelt lo nombró miembro del Plan de Reconstrucción Económica. De ahí en adelante no hubo quien lo separara de Luis Muñoz Marín. No he visto amor de hermano, lealtad de amigos mayor que la de estos dos hombres. Inscribió Jesús al Partido Popular --y ustedes no se imaginan lo difícil que fue aquello. Ya les contaré más adelante. Fue, ustedes lo saben, Comisionado Residente de Puerto Rico en Washington y el primer gobernador puertorriqueño nombrado por el Presidente Truman.

Pero déjenme contarles otras cosas que no están en las biografías. Si algo necesitaba Luis Muñoz Marín cuando caminaba los caminos solo con diez o doce, tres o cuatro de los padres de ustedes, o de sus abuelos, si algo necesita era un amigo. Ese amigo fue Jesús Piñero. Luis Muñoz Marín por los años 37, 38, 39, 40 iba por aquí, por allá sobre toda la isla, sin partido, botado del Partido Liberal aquí en Naranjales. Le negaban los cigarrillos los viejos liberales. ¡Si su padre Luis Muñoz Rivera lo viera, decían, hablando sentado sobre una piedra, caminando por jaldas, pasando enfrente de las puertas de golpe de las

centrales, rodeado de peones descalzos, de los muertos de hambre, de los perseguidos a tiros! Si alguien necesitaba un amigo en el 1937 ese era Luis Muñoz Marín. Se le presentó Jesús Piñero como caído del cielo. ¡Y qué amigo! Con un bollo de pan recorrió Jesús caído del cielo. ¡Y qué amigo! Con un bollo de pan recorrió Jesús toda la isla inscribiendo al Partido Popular en un Ford Vlojo. Cuando reunía a los trabajadores para inscribir el partido se le escondían los jueces coalicionistas. Y mil veces tenía, en su invencible perseverancia patriótica que volver y volver a Coamo, a Comerío, a Ceiba, a hacer lo mismo. Si hubo Partido Popular en las urnas del 1940 se le debe a Jesús T. Piñero --al humilde, al paciente, al leal, al patriota combante: Jesús Piñero.

Cuando Luis Muñoz Marín acordó comunicarse con los campesinos y fundó el periódico El Batey fue Jesús el fotógrafo que ilustraba los escritos. Todos los lunes se reunía Jesús con Muñoz en Treasure Island y con Elmer Ellsworth a dar cuenta de como iba la inscripción y a qué pueblos había que acudir con urgencia el llderato para ayudar unas veces a Anselmi, otras a Grillasca, a Casillas.

Me falta decirles que cuando iba a bautizar a Melo, mi hija menor, le pedía a Jesús que fuera su padrino. Sí, me dijo, "pero vamos a bautizarla a Humacao y vamos a pedirle al Padre Rivera que nos la bendiga y que toquemos las campanas de la iglesia al cristianarla. Así fue, afuera en el atrio la muchachería alborotada con el repique cogía al vuelo las puñadas de vellones las galas que les tiraba Jesús en aquella inolvidable mañana de diciembre.

Servidor de su pueblo, patriota, amigo de Luis Muñoz Marín, Jesús T. Piñero se echó sobre sus hombros la carga de inscribir al Partido Popular pueblo por pueblo para que Puerto Rico realizara la más grande revolución democrática que ha ocurrido en Puerto Rico en este siglo.